

10 reglas muy dignas de recuerdo para quienes caminan según el Espíritu

año 1617

PRIMERA REGLA

El siervo de Dios procure considerarse en cuanto pueda muy vil e indigno de cualquier beneficio divino; despréciase a sí mismo; procure agradar solo a Dios, desee ser juzgado por los demás vil y no ser tenido por humilde. Reconozca el poder supremo de Dios en el hecho de que siendo siervo muy vil y muy inclinado a hacer injuria a la divina Majestad, sin embargo se haya dignado aceptarlo como siervo, y lo que es más, adoptarlo como hijo: por lo tanto, no piense que sirve a Dios, sino más bien que él se ha dignado tener un siervo tan incapaz y pobre.

No se arrepienta sino del pecado y de lo que induce a él y aparta del bien; gócese de cualquier otra tribulación, injuria y aflicción; ame a los que las infieren, y ore de modo especial al Señor por ellos. En consecuencia, alabe mucho a Dios y reconózcase incapaz de dar gracias por un beneficio tan grande, ya que el Señor corrige y castiga a quien ama, y las mismas tribulaciones nos impulsan a ir hacia Dios.

SEGUNDA REGLA

TERCERA REGLA

Ame la pobreza y cualquier penuria por Cristo, no pida ni desee de ningún modo bienes temporales, sino los estrictamente necesarios; más bien vea la manera de conformarse con Cristo cabeza, en la pobreza, en los consuelos corporales y en el desprecio; juzgue su mayor gloria que el Rey de Reyes y Señor de los Señores, Cristo, se haya dignado vestir con sus ornamentos a un siervo tan vil y asemejar a Él a un repugnante barro; y cuanto más rico se ve y que abunda en muchos consuelos corporales, tanto más íntima y profundamente se debe entristecer, creyéndose tanto más alejado de la imitación de Cristo.

En las cosas buenas e indiferentes procure cumplir la voluntad de los otros más que la suya propia; más aún, intente siempre abnegar la suya en las acciones externas y cumpla con todo esmero lo que se refiere al contentamiento de los demás, en las cosas lícitas. Y si esto lo debe hacer con todos, de manera especial debe abrazar con todo empeño la de los superiores, y cualquier cosa honesta que dijeren o quisieren que se hiciera y lo manifestaren con alguna señal, debe procurar hacerlo en cuanto pueda con gran deseo.

CUARTA REGLA

No desprecie a nadie por miserable que sea, sino más bien muévase con amor maternal hacia todos, y de esta manera compadézcase íntimamente de todos, como se compadecería por el único hijo predilecto; considere todas sus miserias como propias y, si puede, ayude a todos como a sí mismo, y aunque en la compasión y el servicio debe comportarse con todos maternalmente, sin embargo, los debe reverenciar como padres

QUINTA REGLA

A nadie juzgue pecador, pues ignora la obra de la gracia divina en su alma, y si supiese por señales manifiestas, que alguien es pecador, duélase más de su pecado que si recibiese la muerte una infinidad de veces. Piense que el alma que ha sido herida mortalmente es más hermosa que todos los cuerpos del universo, tanto humanos como celestes; y así como debo preservar mi cuerpo de la muerte, así, y aun mucho más, tengo que preservar con toda diligencia el de mis prójimos, y apartarlos del pecado por medio de la oración, exhortaciones y consejos.

SEXTA REGLA

Ame el bien del prójimo como el suyo propio, y como la madre se alegra del bien de su hijo, así tiene que alegrarse de los bienes de todos los que viven como si le pertenecieran, y, sobre todo, de los espirituales y que inducen a lo espiritual; debe procurar el bien de los demás y, procurado, moverlo con solicitud, y tiene que pensar del prójimo más y mejores cosas de las que puede ver; sin embargo, no tiene que gozar demasiado de los bienes temporales.

SEPTIMA REGLA

No ame nada más que a Dios, o únicamente por Él, para que sea sinceramente amado en todas las cosas, sin rival, ni ame a nadie con afecto particular sino con amor universal, es decir, encaminando con caridad a todos hacia Dios; ame más a los mejores; sin embargo puede responder con beneficios a los beneficios, y orar de modo especial a Dios por la salvación de los bienhechores, amigos y parientes.

OCTAVA REGLA

Haga lo que haga en cualesquiera asuntos, tenga en su corazón a Dios de modo implícito y explícito, y en todas las cosas no busque, de forma actual o habitual, otra cosa que el honor divino; esfuércese principalmente en pensar que Dios se encuentra tan presente, como si lo viera en su esencia; témalo en todas partes, y siéntase llevado a Él con un amor intenso y, en lo posible, gócelo en esta vida, y descanse en Él y en nadie más.

NOVENA REGLA

Para poder alcanzar todo lo dicho, reconozca los innumerables beneficios divinos recibidos; debe recordar los restantes numerosos beneficios y, de forma especial, que haya querido revestirle de su imagen, asumir su naturaleza, entregarse a la muerte por él y darse a él en esta vida como comida y en gloria como premio. Y como todavía no lo ha alcanzado como premio, mientras tanto en esta vida mírelo en el patíbulo de la cruz, y compadézcase como si soportara en su cuerpo todas sus heridas, y en especial se debe doler al ver frustrados tantos inmensos beneficios. Finalmente, mírelo puesto en el altar como comida y bebida, teniendo la suavidad de todo sabor, y embriagado en él, exclame y diga con todo afecto: "Señor Jesucristo, tú eres el pan de vida: dignate saciarme de ti, de forma que no tenga hambre nada más que de ti; embriágame de ti de tal manera que no tenga sed de nada fuera de ti. Toma Señor mi mente, no sea que apareciendo las sombras de la tierra, sea separado de ti, verdadero sol de Justicia". Manifieste toda la reverencia que pueda a la Madre de Cristo, y diga: "Dulcísimo Jesús, dignate que yo, el más pobre de los pecadores, manifieste la debida reverencia a tu Madre. Y tú, clementísima Señora, impetra para mí, indigno, que me entregue perfectamente a tu servicio, para que pueda obsequiarte en todo momento con mente pura, y con corazón devoto asistan a tu benignidad. Amen."

DÉCIMA REGLA